

Alberto Zum-Felde

Alberto Zum-Felde fué conocido durante mucho tiempo en nuestro ambiente literario por Aurelio del Hebrón, pseudónimo que se impuso rápidamente con las pocas pero selectísimas obras que dió a conocer en su primera juventud. Muchas veces me he preguntado por qué sustituyó la sonoridad magnífica de su verdadero apellido, que suena como las primeras notas de un himno, por un pseudónimo, que será todo lo bello y simbólico que se quiera, pero que no responde a una necesidad y ni siquiera a un prurito de buen gusto. Se justifica que Girolamo Rapagnetta ansie convertirse en Gabriel el Anunciador, horrorizado por el pedestrismo de su nombre. Hasta encontramos bien que Anatole Tibault, — no un señor Tibault cualquiera, — desee llamarse Anatole France, como poseído del espíritu inquieto, sutil y profundo a la vez, del gran pueblo que representa y a quien tan bien encarna. Pero, en vano he tratado de explicarme la razón por la cual Zum-Felde haya querido ser Aurelio del Hebrón, hasta el punto de negar su apellido por varios años a sus obras. Como ha reaccionado hace ya algún tiempo y' ha vuelto a ser Zum-Felde,

lo que no debió haber dejado de ser ni un día, me inclino a creer que todo no ha sido otra cosa que una simple e inofensiva "boutade" de la juventud, época de las empresas inverosímiles, de los impulsos brillantes e irrazonados, y de las divinas locuras que llenan la vida de paisajes imaginarios que no volverán jamás...

La primera obra de Zum-Felde está fechada en 1918. La constituyen catorce sonetos alejandrinos que reunió en un tomo impecable, en finísimo papel y con letras de oro, y que agrupó bajo el título bíblico y sugestivo de "Domus Aurea", eterna habitación de esos seres extraños y felices que sueñan y cantan. A su frente, José Barbieri, hábil artista, suave camarada de café y de noches de arte, ofrece el perfil del poeta, un poco inexpresivo, quizá por la dureza de la "pose". Esta obra originalísima no trascendió al público. No era para él tampoco. Zum-Felde en pleno estetismo, — estetismo impuesto en nuestro ambiente por aquel deslumbrante palabrista, Roberto de las Carreras, — consideraba al arte — función de aristos — como propio a ser gustado únicamente en cenáculos elegidos, lejos del bullicio maloliente de la turba, incapaz de vibrar ante las puras solicitudes de la Santa Madre la Belleza. Quizá no desdeñara entonces ni una palabra del "Credo" de Oscar Wilde, en cuya portada sonríe aquello de: "la estética es más importante que la ética". El título "Domus Aurea" es ya una bandera y un programa. Y si él recuerda el aristocratismo implacable de De Vigny, su contenido no puede volcarse íntegro dentro de la mar-

mórea impasibilidad de la escuela en la que pontificó Leconte de Lisle, a pesar del evidente parnasianismo de su manera. Podría decirse de él, — salvando, como es justo, las distancias, — lo que dice Faguet de aquel maravilloso sonetista que se llamó José María de Heredia: "imaginación concentrada exprimiéndose en cuadros breves; ninguna retórica, ningún ímpetu verbal, horror a lo prolongado. Forma escultural que recuerda las medallas y los esmaltes, impecable, y de una severidad respecto a ella misma que llega a una especie de crueldad, o, si se quiere, a un rigor excesivo". Pero en Zum-Felde hay algo que traiciona esa tendencia, y el alma, no aherrojada del todo dentro de su prisión parnasiana en que el poeta intenta encerrarla, sale a flote frecuentemente y gime su tristeza o su esperanza. Así en ese soneto "El Solitario llama", en donde sangran como heridas o arden como antorchas estos dos versos admirables y desesperados:

"La gloria de estar solo en mi fatal camino
la espío con la enorme tristeza de estar solo!"

El estetismo puro de que quiere hacer gala, deja escapar una tibia fragancia sentimental, una punzada de inquietud, un ansia panteísta de más allá, una humanísima y casi cristiana necesidad del hermano. La pureza del mármol está agrietada por una llaga emotiva que hace que los versos dejen su sedimento de pasión en el fondo de los corazones. Sin embargo, de los catorce sonetos, — "barcas de catorce remos", según Darío, — que sostienen

"Domus Aurea" como catorce blanquísimas columnas, el que prefiero es "A un puñal", perfecto en su forma, soberbio en su evocación y dentro totalmente de los cánones del parnasianismo. No resisto a la tentación de citarlo:

Eres la más preciosa joya de mi elegancia.
Flor de Lys impoluta de mi blasón de esteta.
Joya trágica, sueña mi idolatría secreta.
tu relámpago, signo de sutil nigromancia.

Nacido allá en el siglo XVI, de exquisito orfebre florentino, de un artífice mago,
bajo tu vaina de oro, tu fatalismo aciago
espera aún el instante que ha de exhalar su grito.

Hierática presea!... Rayo de los Vestiglos!...
Está clamando sangre tu sed de cuatro siglos!...
Serán hartas tus ansias cuando en un pecho intimo
[men...]

Me fascina tu brillo... Y mirándote, siento
la atracción homicida de tu destino cruento
¡y sé que tu belleza me llevará hasta el crimen!...

Si seguimos, cronológicamente, enumerando la obra de Zum-Felde, hallaremos en 1911, "El Uruguay ante el concepto sociológico", fuerte folleto en el que demuestra oportuna erudición, conocimientos históricos y bien orientado concepto socio-

lógico. Trabaja actualmente en un libro en el que abordará el mismo tema con mucha más amplitud. En 1910 un drama en un acto "El Derrumbe", estrenado en Solís, y otro, también en un acto: "Lulú Margot", publicado en la revista "Apolo" de Pérez y Curis. Ahora, en 1918, publica "El Huanakauri", su doctrina americanista. A esto han de agregarse varias composiciones en verso, casi todas ellas en ritmo libre, y algunos artículos de crítica y polémica de indiscutible mérito, varios de los cuales publicó Alberto Ghirardo en su "Ideas y Figuras", N.º 79, en 1912. En 1911, durante su estada en Maldonado, nos anunciaba la gestación de "Las saturnales", bajo los pinos coposos y frente a la playa de oro, al mar encrespado y musical y al cielo infinito. "Las saturnales" no han aparecido todavía.

Como se ve, la obra de Zum-Felde, sin ser numerosa, es variada por los distintos motivos que la inspiran. Aunque esteta exclusivamente en los comienzos de su vida literaria, no desdeñó después contribuir con la dádiva de sus más nobles preocupaciones intelectuales al estudio y a la solución de diversos problemas colectivos. Cuando la muerte de Ferrer hubo de ocupar una tribuna en una manifestación popular de protesta contra el atentado reaccionario, protesta que encabezó Rodó por mucho que se arrepintiera después. Más tarde, cuando el Presidente Batlle y Ordóñez propuso la Reforma Constitucional a base de Ejecutivo Colegiado, Zum-Felde fué de los primeros que se ofreció para lu-

char en favor de la democrática cruzada. Y si después de pasada la efervescencia del combate, desapareció del escenario de la vida pública activa, no fué ciertamente para encerrarse de nuevo en su torre y burilar nuevas joyas como las de "Domus Aurea" sino para entregarse al estudio del problema continental americano, lejos del bullicio de los pleitos políticos que han agitado durante estos últimos años las capas superficiales y profundas de nuestro pueblo. De esa meditación reposada y fecunda salió "El Huanakauri", "escrito y publicado en Montevideo el año mil novecientos diez y siete de la "Era vulgar", y cuatrocientos veinticinco del descubrimiento de América". Este último libro, que me ocupa ahora, condensa el fruto de sus últimos años de pensamiento y acusa una orientación que parece definitiva en su criterio. De las concebidas y publicadas hasta el presente momento, es "El Huanakauri" la obra más importante de Zum-Felde; la más importante por la amplitud del tema que aborda y por la significación que tiene dentro de su propia labor. Después de mucho dudar ante caminos distintos, da la impresión de que cree haber encontrado al fin "su tema", la misión primigenia a la que debe dedicar lo más y lo mejor de su talento y de su esfuerzo. El, lo dice a la entrada mismo del libro: "Yo llamo a este libro Huanakauri porque él es verdaderamente el término de un peregrinaje intelectual y la revelación de un Destino. Largo y angustioso es este peregrinaje, — os lo juro mis bravos compañeros. Poseído de la inquietud sin sosiego y del áspero des-

contento de quién debe cumplir algo, aún apesar suyo, yo no he podido morar ni detenerme más de una noche en sitio alguno, ni creer en ningún Dios, ni acatar ninguna ley, ni entregarme a ninguna doctrina, ni sentir ningún amor. Y, a la entrada de las ciudades en donde he llegado, y junto al templo de cada Dios, y al pié del solio de cada Ley, y frente a la cátedra de cada Doctrina, y a la puerta de cada Amor, he clavado en tierra mi vara de oro para ver si se hundía en ella: pero la vara permanecía clavada. Mas, al llegar al punto en que se levanta este libro, — conforme al Mito epónimo, — la vara se hundió de súbito y para siempre." Tal, pues, "El Huanakauri" para Zum-Felde. Es la significación misma de su personalidad de escritor, la llegada al puerto después de un fatigoso ambular por mares distintos, desde los que le cantaron, sin atraerlo más de una noche, engañadoras sirenas.

Hace algún tiempo que se nota en la parte más selecta de la intelectualidad hispano-americana, el ansia nobilísima de alcanzar una fisonomía propia, un aspecto original, de pesar en la balanza del mundo con un valor original, distinto a los otros valores colectivos corrientes. Esa tendencia a una verdadera mayoría de edad continental, ha dado ya ricos frutos, sobre todo en el Río de la Plata, que presidirá por lo visto, por segunda vez, la emancipación de América, ayer del dominio extraño, mañana, de las influencias transatlánticas. Muchos espíritus altivos y fuertes, poseídos en toda su plenitud por la misión renovadora que in-

cumbe al Nuevo Mundo, — vasto y sonoro laboratorio donde se funde en riquísimo humus la raza dominadora del porvenir, — tratan de enclavar en la masa poco compacta que constituye sus muchedumbres, la conciencia integral de la grandiosidad de su rol. América,—así, con mayúscula, —y mucho más que consideraba como una simple expresión geográfica, va plasmando rápidamente en una concreta y elocuente significación moral y social, conforme brota del barro informe y dúctil, bajo los dedos mágicos del artista, la euritmia armoniosa de las líneas perfectas. Muchos son ya los apóstoles del americanismo, considerado como un estado de espíritu histórico, como una inminencia fatal, como una realidad casi palpable. Pero si hay unidad en el propósito de hacer a América algo más que un “nuevo mundo”, etiqueta que cada día expresa menos, no la hay en cambio en la consideración de los ideales que ha de sustentar y en los medios que ha de valerse para ello. Mientras unos sostienen el panamericanismo, definido ya en cien congresos, y que se apoya en el pilar angular de la doctrina de Monroe, con el cometido sustancial de la autonomía política y económica de toda la América, sajona y latina, otros, dentro del mismo género de aspiraciones, predicán la conveniencia de agrupar solamente a las naciones americanas de origen español y portugués, con el objeto de hacer frente a la inevitable expansión del imperialismo yankee y de remozar en el suelo virgen de América la gran raza directora y mediterránea que parece entrar en el viejo mundo, en una época de ilevantable decadencia.

Es imposible encajar la doctrina de “El Huanakauri” en cualquiera de estas dos orientaciones francamente antagónicas. Es imposible por su originalidad como por su vaguedad. Zum-Felde anuncia la aparición de un nuevo Mito esencialmente americano. Arranca para ello de Manco-Capac, — el inca de los incas, — para erigir sobre la base de su trono fuerte como las murallas monolíticas del templo del Sol, el fantástico edificio de su americanismo. Llama hacia sí a todos los pueblos amasados con raza indígena y levadura latina, — lo que llamamos latino aún cuando no lo sea, — y con frases inspiradas, de ritmo lento y austero quiere infundirles la conciencia de que han de fundar una civilización nueva, distinta de la europea y de la norteamericana, simbolizada en la férrea Manathán. Quiere, pues, la independencia espiritual, la busca y el descubrimiento del propio yo para labrar sobre su cimiento inviolable la obra de las generaciones futuras que se inician en la acción. Todas las obras del género de “El Hanakauri” pueden ser contempladas desde dos aspectos distintos: desde el sociólogo y desde el literario, desde el científico y desde el artístico. Sin embargo, “El Huanakauri” nada tiene que ver con el primer aspecto y se veda totalmente a cualquier rama de la ciencia. Zum-Felde mismo se coloca conscientemente lejos de ese esfera diciendo: “Queremos señalar en la historia del humano desenvolvimiento el punto en que el hombre se emancipa del ciego determinismo de las cosas y de los hechos y va a determinarse a sí mismo por su propia conciencia,

superior a los hechos y a las cosas. Queremos separar el punto en que el hombre pone su mente y su voluntad sobre la oscura mecánica de la materia y sobre la ancestral fatalidad de la historia". Y más adelante: "Y si me preguntais cómo se demuestra esto, os responderemos: esto no se demuestra. Esto no puede ni debe ser demostrado. Esto se siente o no se siente; es más profundo que la demostración" Lo cual me inhabilita desde el primer momento para estudiar las doctrinas expuestas en "El Huanakauri" probablemente con la idea de que se propague, y a pasar por alto sobre una serie de errores sociológicos que contiene y que la hacen una obra de debilísima trama científica. "El Huanakauri" debe ser considerado como una obra literaria de índole imaginativa y subjetiva; como un poema en prosa. La pretensión de libertarnos del determinismo de las cosas y de los hechos es una pretensión fabulosa. Y en cuanto a la eficacia de sus doctrinas, no la creemos muy grande desde como no pueden demostrarse caerán fácilmente dentro del dominio de lo falso al considerarlas desde el punto de vista del conocimiento y de la transmisión de las ideas. El último argumento esgrimido por los deístas es ese, de que la existencia de Dios no se prueba sino que se siente. Con lo cual quedarán muy satisfechos los que en realidad lo sienten pero la idea no habrá adelantado un solo paso. Y en cuanto a que el Espíritu es todo en la civilización y en el progreso de los pueblos, es un viejo error transportado desde la filosofía a la sociología, y que enunció hace muchos siglos

Sócrates diciendo que primero e independientemente se formaban los conceptos y se obraba después según ellos, teoría definitivamente abandonada hace mucho y totalmente inadmisiblesobre todo cuando se trata de aplicarla a organismos como una sociedad, cuya evolución obedece a tantas y a tan distintas sollicitaciones. "¡Cuán peligrosa es la doctrina que no ve en los hechos sociales más que el producto de combinaciones mentales. — dice Durckheim, — y que un sencillo artificio dialéctico, como el que la creó, puede en un momento trastornar completamente!"

Zum-Felde anuncia la llegada de un nuevo Mito. ¡Un nuevo Mito! Los mitos no son hijos de simples maniobras cerebrales, ni de autosugestiones volitivas. Son condensaciones de la realidad objetiva, símbolos vivos, pero efectos y no causas. El mito aparece cuando una fatalidad lo empuja, y no hace más que encubrir una impotencia irredimible, o sintetizar un ansia que no logra manifestarse de otro modo. El mito es un estado de espíritu cuyos puntos de apoyo y de origen están en el exterior del ser. Un estado de espíritu no puede originarse íntegramente en otro estado de espíritu. ¡Sería haber encontrado la cuadratura del círculo! Todo lo cual quiere significar dos cosas: que el mito será imprescindible en la vida humana mientras el hombre no posea el secreto de la vida, y que el mito no se puede crear por una simple invocación o una afirmación de su necesidad o su utilidad. Ya aparecerá el mito o los mitos americanos cuando esa fuerza oscura y misteriosa que guía las

sociedades, así lo resuelva. Entre tanto, querer erigirlos de la nada, querer despertar la conciencia de su necesidad es operar con las sombras, es levantar montañas con niebla inconsistente y burlesca, es engañarse con un vano espejismo, agradable cuando más a nuestra egolatría que puede permitirse la ilusión de crear, de presidir la marcha de los destinos humanos, de obrar independientemente de las demás energías de la Naturaleza, menos palpables pero más decisivas. Consuelo inocente, que no debemos por cierto restar a los temperamentos simplistas que se consideran como el centro del mundo, al par de las antiguas concepciones geocéntricas que suponían a la Tierra, — a este insignificante planeta. — como el centro del Universo visible e invisible.

La huella de "El Huanakauri" obra absolutamente subjetiva, desdeñosa, de la realidad, producto de un concepto puramente personal del problema americano, "que no se puede demostrar" no despertará gran eco en las muchedumbres del continente, sin la colaboración de las cuales es quimérico tentar cualquier renovación colectiva. Las muchedumbres, como todas las pasadas y futuras hasta la consumación de los siglos, exigen ideas concretas, ideales sustanciosos y accesibles a su comprensión, sólidas arquitecturas estructurales. En cambio, "El Huanakauri" considerado como obra literaria, será apreciado de diferente manera. Es indiscutible que es un artista el que ha escrito esas páginas armoniosas y sonoras, un artista que desdeñando la sociología se sintió sociólogo y demostró que no lo era. He sostenido siem-

pre que en Arte no hay sino individualidades, subjetivismos, al revés de la ciencia que no marcha sino a fuerza de generalidades objetivas. Por eso es que unos y otros — artistas y hombres de ciencia, — al salir de sus dominios, fracasan ruidosamente. Se pasó el tiempo en que se creía en la infalibilidad del relámpago genial, en la instantánea revelación semidivina, en la eficacia de las pitonisas y de los iluminados. La vida humana ha penetrado en el dominio del Gran Todo y no acierta a libertarse de los mil lazos que la atan tanto a lo que la rodea como a lo que la precedió y a lo que la sucederá. "Lo que hacemos, — dice un filósofo tan poco sospechable de materialismo como Baldwin, — es función de lo que pensamos y lo que pensaremos función de lo que hacemos". ¿Cómo se desata este nudo gordiano?

"El Huanakauri" está escrito en forma poemática, lo cual prueba la intención del autor de hacer de él una obra eminentemente artística. Probablemente se ha creído en libertad para adoptar esa forma especial, pero no, por que está en un todo de acuerdo con su temperamento literario, con su manera propia en la expresión del pensamiento. El estilo, es el hombre, vieja verdad que se cumple siempre por mucho que el hombre suponga que puede libertarse de él. Constituyen "El Huanakauri" ciento cincuenta y cuatro estancias o versículos — algo así como estrofas en prosa, — agrupadas en doce jornadas o capítulos. Esa prosa es exclamativa, serena, rotunda, como algunos creen que conviene a una empresa así.

El esteta de "Domus Aurea", sigue siendo el mismo esteta en "El Huanakauri", y habla con la misma seriedad trascendental de quien oficia un culto sagrado, dando a sus palabras proporciones demmesuradas y a sus frases la jerarquía de sentencias inapelables. Tiene su gran valor emocional esa manera de expresar los conceptos, pero a mi ver, resulta oratoria, artificiosa y estrangulada. Toda la doctrina contenida en "El Huanakuari" cabría en diez páginas, sin olvidar nada de lo sustancial que comprende, y, sin embargo, ocupa, noventa y seis, llenas de fatigosas repeticiones, de insistencias injustificadas, de vastos rodeos. Se ve claramente que el autor ha levantado su templo sobre tres o cuatro ideas, como sobre tres o cuatro fuertes columnas. Alrededor de estas ideas generatrices de luz propia, giran una porción de satélites que aunque desaparecieran nada quitarían a aquellas de su esplendor y de su belleza. Creo que obra hubiera ganado mucho si Zum-Felde hubiese ido derechamente y decididamente a la que se propone. Ese fin es totalmente dinámico: despertar la conciencia americana, el orgullo americano, la energía americana. No se propone dictar un programa, indicar un riel, crear una norma, sino aprovechar y encauzar una fuerza inmensa que hoy se pierde sin provecho alguno. El propósito es generoso y elevado. Indica en el autor una nobilísima inquietud que lo prestigia con bien saneados blasones. Lo lamentable es que su obra, que tantos méritos ostenta, falle por el error de querer interpretar lo objetivo desde lo subjetivo, confundien-

do los efectos con las causas intentando edificar a espaldas del determinismo y suponiendo que el pensamiento basta para originar la gravitación tanto en los fenómenos cósmicos como en los colectivos. La literatura social para ser fecunda, ha de acomodarse a los límites que le imponen las leyes físicas y biológicas. Y desde el punto de vista de lo artístico puro, ha de sintetizar, para que surjan los símbolos que no son ni han sido nunca otra cosa que síntesis. No me cansaré jamás de aconsejar eso a nuestros escritores. La divisa ha de ser una: hay que concretar. La vida moderna no admite pérdidas de tiempo. Los pueblos para comprender y realizar exigen brevedad, nitidez. Las primeras muchedumbres cristianas, — como las de ahora, — no conocían las narraciones evangélicas, ni tomaban parte en las interminables disputas dogmáticas. Les bastaba un ideal concreto: el de la igualdad de espíritu, único que las arrastró. El sansculotte no hubiera sabido enumerar los derechos del hombre ni comprender su significación ni su alcance. Pero tenía siempre en sus labios tres palabras mágicas: liberté, égalité, fraternité, que sintetizaban sus aspiraciones de igualdad política. El socialista contemporáneo tampoco agita tan poderosamente las capas sociales perdido en un mar engañoso de principios metafísicos, ni de datos estadísticos. Ansía solamente menos trabajo y más dignidad; su ideal es el de la igualdad económica; sus aspiraciones son concretas y limitadas, de horizontes restringidos y sencillísima estructura. No hay que olvidar tales hechos cuando se

emprende la tarea de predicar una Buena Nueva. Aquel que desdeña la naturaleza y las exigencias del terreno en que ha de fructificar la semilla se expone a perder la semilla y condenar a la esterilidad su esfuerzo. En tal orden de cosas, más quiza que en ningún otro, hay que someterse a la Naturaleza omnipotente, o renunciar al propósito. La ley es inflexible, y no hay manera alguna de librarse de ella.

Marzo de 1918.
